

rio siempre al que se proponen: en todos los casos, estos medios agravan la enfermedad primitiva.

Cediendo á la influencia de esta teoría, que ha adoptado sin exámen y sin criterio, y á pesar de no existir fundamento en qué apoyarla, el alópata, pretendiendo siempre secundar los esfuerzos de la naturaleza (1), exagera el método de evacuar y derivar, que jamás conduce al objeto deseado, sino que acelera la terminacion de la enfermedad por la muerte, no considerando que todas las enfermedades locales, evacuaciones y derivaciones aparentes, son efectos producidos y sostenidos por la fuerza vital abandonada á sí misma, con el objeto de aliviar y distraer la enfermedad primitiva, y que hacen parte del conjunto de síntomas de la enfermedad, contra cuya totalidad no puede haber otro medicamento eficaz, mas que el que haya sido elegido, teniendo en cuenta los fenómenos de-

(1) No deja de ser frecuente, sin embargo, que la antigua escuela se permita una marcha inversa, es decir, que cuando los esfuerzos de la energía vital que tienden á aliviar el mal interno por las evacuaciones ó por la produccion de síntomas locales al exterior, perjudican notablemente al enfermo, entonces desplega contra ellos todo el aparato de sus repercusivos: combate tambien los dolores crónicos, el insomnio y las diarreas antiguas, con el opio á grandes dosis; el vómito, con las pociones efervescentes; los sudores fétidos de los piés, con los pediluvios frios y fomentos astringentes; los exantemas, con las preparaciones de plomo y de zinc; las hemorrágias uterinas, con inyecciones de vinagre; los sudores colicuativos, con el suero aluminoso; las poluciones nocturnas, con una gran cantidad de alcanfor; los accesos de calor en el cuerpo y en la cara, con el nitro, los ácidos vegetales y el ácido sulfúrico; las epistaxis, con el taponamiento de las narices, con torundas embebidas de alcohol ó de líquidos astringentes; las úlceras de los miembros inferiores, con los óxidos de zinc y de plomo, etc. Pero millones de hechos atestiguan lo perjudicial que son los resultados de semejante práctica. El partidario de la escuela antigua, asegura de palabra y por escrito, que ejerce una medicina racional y que busca la causa de las enfermedades para curarlas siempre radicalmente, cuando en verdad no combate mas que un síntoma aislado, y siempre con gran perjuicio del enfermo.

terminados por su accion en el hombre sano, en una palabra, un medicamento homeopático.

Como todo lo que la naturaleza abandonada á sí misma ejecuta con el fin de rehacerse sobre las enfermedades agudas, y especialmente sobre las crónicas, es bastante imperfecto, claro es, que si el arte trabaja en la misma direccion, perjudica al enfermo, y tal vez produce otra nueva enfermedad. De ninguna manera puede remediarse lo que tienen de defectuoso los esfuerzos de la naturaleza, en el tratamiento de las enfermedades agudas, supuesto que no hallándose el médico con medios suficientes para seguir las vias ocultas, por las cuales la fuerza vital determina sus actos criticos, no puede tampoco obrar mas que al exterior, con medios enérgicos, cuya accion, no siendo enteramente análoga á la accion de la naturaleza, sus efectos son tambien mas perturbadores y funestos. El incompleto alivio que la naturaleza logra alguna vez por derivaciones y crisis, no puede ser completamente imitado por el médico, siguiendo este igual camino; y á pesar de todos sus esfuerzos, quédase aun muy atras, en proporcion con el escaso socorro que le presta la fuerza vital abandonada á sí propia.

Escitando la membrana pituitaria, se ha pretendido determinar evacuaciones de sangre por las narices, imitando las epistaxis naturales, con el objeto de calmar, v. g., los accesos de una cefalagia crónica. De esta manera se ha logrado, es cierto, extraer una cantidad de sangre, bastante para debilitar al enfermo; pero el alivio que se ha conseguido, es mucho menor y mas pasajero, que el alcanzado por la fuerza vital, cuando esta por su propio impulso, determina la salida de algunas gotas de sangre por las narices.

Los sudores ó diarreas criticas, que la fuerza vital en su accion permanente, determina para neutralizar los efectos perniciosos de una incomodidad repentina, producida por el

miedo, el temor, un enfriamiento, un cansancio, etc., son mas eficaces para calmar instantáneamente los sufrimientos agudos del enfermo, que todos los sudoríficos y purgantes de una botica, que no logran otra cosa, cuando se administran en estos casos, que agravar al enfermo, como nos acredita todos los dias la experiencia.

Sin embargo, la fuerza vital, sin inteligencia, sin reflexion, sin discernimiento, que no puede obrar por sí misma, sino conformándose á la disposicion material de nuestro organismo, no se nos ha concedido para que la tomemos por la mejor y única guía que deba seguirse en el tratamiento de las enfermedades, y mucho menos para que imitemos servilmente los incompletos esfuerzos que ejecuta para rehacerse sobre ellas. Si ciegamente nos proponemos imitar los actos de la naturaleza, nos escusarémós, es cierto, los trabajos de inteligencia y reflexion; pero en cambio no llegaremos al descubrimiento del verdadero arte de curar, y daremos un lugar preferente á esa mala copia de los poco eficaces auxilios, que la naturaleza, abandonada á sus propias fuerzas, se proporciona para sacudir las enfermedades.

¿Qué hombre racional pretenderia imitar los esfuerzos conservadores de la naturaleza, cuando éstos son precisamente la enfermedad misma, ó la fuerza vital morbosamente afectada? El arte, pues, debe necesariamente aumentar el mal, cuando imita los procedimientos de la naturaleza, abandonada á sí misma, y suscitar peligros mas graves cuando coarta sus esfuerzos. El alópata hace lo uno y lo otro, y á estos procedimientos quiere darse el nombre de medicina racional!

No: esa fuerza vital, innata en el hombre; que preside la vida de una manera perfecta mientras dura la salud; cuya presencia se deja sentir uniformemente en todas las partes del organismo, lo mismo en la fibra sensible, que en la irri-

table y que es su resorte motor, no ha sido creada para servirnos de guía y auxilio en las enfermedades, ni para ejercer una medicina digna de imitacion. No: la verdadera medicina, obra del juicio y la reflexion, es un invento del ingenio humano, que cuando la energía automática de la fuerza vital ha sido impelida á ejercer actos anormales por la enfermedad, sabe imprimirla una modificacion morbosa, análoga, pero algo mas fuerte, por medio de un medicamento homeopático; por manera, que la enfermedad natural, no pueda ya influir sobre ella, y que despues de haber desaparecido la enfermedad natural, por la accion del medicamento, la fuerza vital recobra su primitivo estado normal, y vuelve de nuevo á presidir al sostenimiento de la salud, sin que durante estas trasformaciones haya sufrido nada que sea capaz de haberla debilitado. Estos son precisamente los resultados que podemos conseguir con los medios que nos enseña la medicina homeopática.

Algunos enfermos, tratados con arreglo á los principios que acabamos de enumerar, patrimonio de la antigua escuela, curaban, es cierto, de sus enfermedades, aunque no en los casos crónicos, no venéreos, sino en los casos agudos, que ofrecen menos peligro. Sin embargo, sólomente por medio de rodeos penosos, solian alcanzarse estas curaciones, y de una manera, las mas veces, tan imperfecta, que no podia decirse con razon, que fuesen debidas á un arte benéfico y suave en sus procedimientos. En las ocasiones en que no se presentaba un inminente peligro, dábanse por satisfechos los alópatas, unas veces con reprimir las enfermedades agudas con las emisiones sanguíneas, ó procurando la supresion de cualquiera de sus principales síntomas, ó bien por medio de un paliativo enantiopático; otras veces, suspendiendo por medio de irritantes y revulsivos, aplicados á puntos distantes del órgano enfermo, hasta haberse terminado el curso de su revolucion natural; es decir, que

se les oponian medios indirectos, que sin atacar la causa de la enfermedad, traian consigo la pérdida de humores y de fuerzas, necesarias para la completa curacion. Conduciéndose de esta manera, todo lo que era necesario para triunfar de la enfermedad, quedaba á cargo de la fuerza conservadora de la vida, y esta es la que debia, no solamente oponerse á la enfermedad natural aguda, sino tambien á las consecuencias de un tratamiento mal dirigido. Esceptuando un pequeño número de casos debidos á la casualidad, la fuerza vital, sin mas auxilio que su propia energía, era la que debia devolver á su ritmo natural las funciones alteradas, lo que hacía de una manera incompleta las mas veces, siempre venciendo grandes dificultades, y no sin producir terribles accidentes de distinta naturaleza.

Por esto es mas que dudoso, que la medicina actual con sus procedimientos para tratar las enfermedades agudas, ayude realmente á la naturaleza en su trabajo para lograr la curacion, supuesto que ni la alopatía ni la naturaleza pueden obrar de una manera directa, y los métodos derivativo y antagónico de la antigua escuela, no poseen mas virtud, que la de desarmonizar la normalidad del organismo, y producir mayor debilidad de fuerza.

La escuela alopática, cuenta tambien con otro método curativo, al que apellida escitante y fortificante (1), y que consiste en el uso de sustancias llamadas tónicas, escitantes, nervinas, confortativas y fortificantes. Admiracion causa verla envanecerse con este método!

¿Se ha logrado jamás destruir la debilidad que produce, sostiene ó aumenta, por regla general, una enfermedad cróni-

(1) Propiamente hablando, es enantiopático, del cual me ocuparé en el texto del Organon, (§. 59).

ca, prescribiendo, como esta escuela acostumbra, el uso del vino del Rhin ó de Tokay? Nunca: y como este método no podia curar la enfermedad crónica, origen de la debilidad, las fuerzas del enfermo decaían tanto mas, cuanto mas vino se le hacía tomar, porque teniendo la fuerza vital que oponer su reaccion natural á estas escitaciones artificiales, la consecuencia forzosa era la pérdida de fuerza, y la produccion de una mayor debilidad.

¿Ha podido lograrse jamás, que la quina ó las diferentes sustancias clasificadas con el nombre colectivo de tónicos amargos, den fuerzas en estos casos, por desgracia demasiado frecuentes? Estos productos vegetales, considerados como tónicos y fortificantes en toda circunstancia, ¿no poseian lo mismo que las preparaciones marciales, la prerogativa de añadir males nuevos á los antiguos, por consecuencia de su accion morbífica, sin poder extinguir por eso la debilidad dependiente de una antigua enfermedad desconocida?

¿Los ungüentos nervinos y los tópicos espirituosos y balsámicos, han disminuido jamás, ni duradera, ni momentáneamente la parálisis incipiente de un brazo, ni de una pierna, que proceda, como ordinariamente sucede, de una enfermedad crónica, sin que esta se haya curado antes? ¿Las conmociones eléctricas y galvánicas, han tenido jamás otro resultado en circunstancias análogas, que agravar poco á poco la parálisis de la irritabilidad muscular, y de la escitabilidad nerviosa, y hacerla, al fin, completa?

Los escitantes y afrodisiacos tan alabados, el ámbar, la tintura de cantáridas, el cardo-santo, la canela y la vainilla, ¿no concluyen generalmente por convertir en una absoluta impotencia la debilidad gradual de las facultades virilis, cuya causa es siempre un miasma crónico no apreciable? —

¿Cómo puede lisonjearse la escuela antigua de producir

una fuerza y una escitacion, que solamente dura algunas horas, cuando el resultado que siempre se sigue conduce al estado contrario, segun la ley de la naturaleza de todos los paliativos?

El pasajero y escaso alivio que los escitantes y fortificantes procuran, segun el método antiguo, á las personas que padecen enfermedades agudas, nada es en comparacion de los inconvenientes que resultan de su uso en las enfermedades crónicas.

✕ Cuando la medicina antigua no sabe ya qué hacerse, ni cómo atacar á una enfermedad crónica que no cede á ninguno de los métodos espuestos, y que se ha agravado con ellos, echa mano, á ciegas, de los medicamentos designados con el nombre de alterantes, como son los mercuriales. Los calomelanos, el sublimado corrosivo, el unguento mercurial, cuyas virtudes tanto ensalza en el tratamiento de las enfermedades crónicas, aun las no venéreas, y que con tanta prodigalidad usa, haciéndolos obrar por tan largo tiempo en el organismo del enfermo, verdad es que producen grandes cambios, pero nunca en sentido favorable: generalmente acaba de arruinarse la salud por la accion de un metal tan pernicioso, cuando no se emplea oportunamente, y que tan grandes servicios presta, cuando se usa en direccion homeopática.

Quando en las fiebres intermitentes endémicas de ciertos paises, y que atacan un número considerable de personas, prescriben altas dosis de quina, que solo cura homeopáticamente la verdadera fiebre palúdica, y esto suponiendo que la psora no se oponga á ello, dán una prueba de su inconsiderada y lijera conducta, supuesto que estas fiebres afectan un carácter distinto y un tipo diferente cada vez que se presentan, y reclaman por consiguiente un nuevo remedio homeopático, el cual basta en una dosis cortísima, única ó repetida, para curarla

radicalmente. Como estas enfermedades reaparecen por accesos periódicos, y la escuela antigua no ve en ellas otra cosa mas que el tipo, y no conoce ni quiere conocer otros febrifugos mas que la quina, supone, que para curar las calenturas intermitentes, le basta extinguir el tipo, administrando repetidas veces grandes dosis de quina ó de quinina. El enfermo, engañado por este tratamiento falaz, dirigido, no contra su mal, sino contra el tipo que este presenta, supone que se ha curado porque el tipo se ha destruido, y los nuevos sufrimientos que le aquejan por consecuencia del exagerado uso de la quina, los atribuye á una enfermedad nueva, independiente de la fiebre ó de su tratamiento antitípico. El enfermo, tratado por estos medios, no tiene ya fiebre, pero se pone pálido y asmático; una fuerte ligadura parece que oprime constantemente sus hipocondrios; pierde el apetito; su sueño es siempre agitado; decae su fuerza y su valor; hinchansele con frecuencia las piernas, el vientre, y aun la cara y manos; y de esta manera sale curado, segun pretenden, del hospital, y comunmente se necesita un largo y entendido tratamiento homeopático, no ya para restablecerle completamente la salud, sino para librarle de la muerte que de cerca le amenaza.

La escuela antigua se gloria de disipar con el uso de la valeriana, el estupor profundo que acompaña á ciertas fiebres nerviosas, y como el resultado que por este medio obtiene es siempre de corta duracion, se vé obligado á aumentar progresivamente la dosis de esta raiz, para reanimar al enfermo por algunos momentos, y no tarda en convencerse que las mas altas dosis no producen el efecto que espera, al paso que la reaccion, determinada por una sustancia, cuya accion estimulante no es mas que un simple efecto primitivo, paraliza enteramente la fuerza vital, y entrega al enfermo á una muerte segura, que este tratamiento, supuesto racional, hace inevitable. Sin